

El Congreso inconcluso

«Nos tomamos muy en serio el corolario de Trump a la Doctrina Monroe», declaró la semana pasada desde la selva panameña el autoproclamado secretario de Guerra de los Estados Unidos, Pete Hegseth. Estaba inspeccionando el ejercicio militar PANAMAX, liderado por los Estados Unidos, en el que se ensayaban operaciones para «asegurar terreno clave». Hegseth prometió lograr «el mismo efecto en tierra» que la campaña de bombardeos que ha matado a más de 200 personas a bordo de embarcaciones en el Caribe y el Pacífico oriental durante el último año.

Donald Trump le dio en enero ese nombre más coloquial —la Doctrina Donroe— a la doctrina revivida, después de que las fuerzas de los Estados Unidos atacaran Venezuela y secuestraran al presidente Nicolás Maduro. Siete meses después, los Estados Unidos controlan la venta del petróleo venezolano y las cuentas a las que van a parar sus ingresos. A finales de julio, más de 13 mil millones de dólares habían pasado por esas cuentas; solo en julio, se enviaron 786 000 barriles al día a los Estados Unidos. Trump ha dejado de lado el discurso de la transición democrática. «Pagamos la guerra con lo que hemos sacado muchas, muchas, muchas veces», le dijo a una multitud en Las Vegas a principios de este mes. «Al vencedor le corresponde el botín».

En otros lugares, la presión toma otras formas. Se ha presionado a Panamá para que limite la participación china en torno al canal, mientras las tropas de los Estados Unidos regresan en mayor número. A Brasil le han impuesto nuevos aranceles después de que Washington dictaminara que sus políticas sobre comercio digital y pagos electrónicos suponen una carga injusta para el comercio de los Estados Unidos. Entre las políticas en cuestión está Pix, el sistema público de pagos instantáneos que les permite a los brasileños transferir dinero sin pasar por las redes de tarjetas de los Estados Unidos.

En marzo, los presidentes de Argentina, Ecuador, El Salvador, Honduras y otros gobiernos de la derecha regional se unieron a Trump en Miami para lanzar el «Escudo de las Américas», liderado por los Estados Unidos. «El corazón de nuestro acuerdo», les dijo el presidente de los Estados Unidos, «es el compromiso de usar fuerza militar letal». El chileno José Antonio Kast se unió antes de asumir el cargo; Colombia entró en la coalición días después de que Abelardo de la Espriella, aliado de Trump, tomara posesión este mes. La estrategia de Washington para el hemisferio cuenta con reclutas dispuestos entre las élites de América Latina.

La administración Trump publicó el plan que conecta estos eventos. Su Estrategia de Seguridad Nacional promete «restaurar la preeminencia de los Estados Unidos en el hemisferio occidental»: ampliar el acceso militar de los Estados Unidos, usar los aranceles como herramienta comercial y aprovechar el dominio estadounidense en finanzas y tecnología para alejar a los gobiernos de los rivales de Washington.

Hace doscientos tres años, el presidente James Monroe también trazó una línea alrededor de los Estados Unidos. Su doctrina advertía a las potencias europeas que no se metieran más en las repúblicas recién independientes del hemisferio. Tres años después de que Monroe hablara, Simón Bolívar convocó otra reunión. En junio de 1826, delegados de las jóvenes repúblicas americanas se reunieron en el Congreso de Panamá. Su independencia apenas estaba asegurada. Al principio, Bolívar no tenía la intención de invitar a los Estados Unidos. Su plan era unir a las nuevas repúblicas para que la independencia de los antiguos imperios no las dejara simplemente dependientes de nuevas potencias. Dos siglos después, el Congreso de Panamá sigue siendo un proyecto inconcluso.

Este fin de semana, ese aniversario se conmemorará a 3,000 millas al sur de la Ciudad de Panamá. Más de 150 diputadxs, ministrxs, presidentes y dirigentes políticxs de 15 países y territorios de todo el continente americano se reunirán en Montevideo para el tercer [Congreso Panamericano](#). Fundado en Bogotá en 2024 y ampliado en la Ciudad de México el año pasado, el Congreso reúne a diputadxs y fuerzas políticas de todo el hemisferio —incluida una delegación de los Estados Unidos— para desarrollar un programa común para el futuro de «América».

Lxs delegadxs debatirán cómo los países pueden mantener su soberanía económica cuando el acceso al mercado de los Estados Unidos puede ser retirado como castigo; construir infraestructura digital sin someterse a las corporaciones que dominan las finanzas y la tecnología estadounidenses; enfrentar el crimen organizado sin entregar su territorio al ejército de otro país; y destinar las extraordinarias reservas de energía, minerales, tierra y capacidad humana del hemisferio a satisfacer las necesidades de sus pueblos. Ya sean lxs Socialistas Demócratas de los Estados Unidos, Libre Honduras, el Pacto Histórico o el Frente Amplio de Chile, los miembros de la Internacional Progresista estarán en el centro del intercambio. Desde la integración industrial y la soberanía digital hasta enfoques comunes sobre la paz y la protección social, las propuestas empiezan a responder a la pregunta que Bolívar dejó sin resolver hace dos siglos: ¿qué instituciones y capacidades pueden hacer realidad la soberanía?

Dos siglos después de Monroe y Bolívar, los proyectos rivales vuelven a ser inusualmente explícitos. Washington promete «la preeminencia estadounidense en el hemisferio occidental». Montevideo propone otro principio: «Solidaridad entre los pueblos. Soberanía entre las naciones».

En solidaridad,

El Secretariado de la Internacional Progresista